

Manifestaciones funerarias de la Edad del Bronce en la Meseta*¹

El interés por algunas manifestaciones funerarias como el megalitismo o los campos de urnas ha propiciado una amplia bibliografía desde hace ya mucho tiempo, por el contrario, apenas tenemos noticias sobre los sistemas y ritos de enterramientos de una gran parte de los círculos culturales de nuestra Prehistoria reciente entre los que se encuentran los grupos del Calcolítico y la Edad del Bronce de la Meseta y ello pese a que la Arqueología de la Muerte ha sido un tema de renovado interés en los últimos lustros gracias a los nuevos enfoques con los que se ha abordado (Humphreys, S. C. y H. King (eds), 1981). La causa de la escasa atención por el mundo funerario de determinados círculos culturales, entre los que se encuentra el que ahora nos ocupa, hay que buscarla fundamentalmente en los pocos datos con que contamos y en la ausencia de contexto de muchas de estas manifestaciones.

Afortunadamente, en los últimos años esta laguna empieza a ser subsanada con hallazgos contextualizados aunque en muchos casos son fruto de excavaciones de urgencia que no han podido efectuar trabajos en extensión que faciliten una visión completa del entorno de estos enterramientos. A pesar de la parcialidad de los datos disponibles, pensamos que ya tenemos una documentación suficiente para intentar una primera aproximación al tema y plantear los principales problemas todavía pendientes de resolución.

LOS PRECEDENTES DURANTE EL CALCOLITICO

Sabido es que en buena parte de los monumentos megalíticos de la Meseta y zonas adyacentes, como el Valle del Ebro, a los ajuares depositados con los primeros enterramientos pertenecientes a un neolítico avanzado, se suman otros plenamente calcolíticos, particularmente campaniformes (Delibes, G. y M. Santonja, M., 1986 p. 152) y de la Edad del Bronce entre los que también se incluyen algunos

del Bronce Final (Esparza, A., 1990). Así mismo tenemos noticias de la continuidad de uso de cuevas y grietas como lugares de enterramiento colectivo a lo largo del Calcolítico y la Edad del Bronce. Esta gran heterogeneidad de fórmulas funerarias no es un hecho específico del calcolítico sino una tradición de raigambre neolítica en paralelo a lo que ocurre con tantos otros aspectos. Por ello, en la Península Ibérica durante el Neolítico, como en "el resto del Mediterráneo no hay un tipo de enterramiento uniforme. [Ya que] pueden ser aislados o agrupados en necrópolis, se encuentran dentro y fuera del hábitat, en silos o poblados, se hallan en cueva o en zonas al exterior. El cuerpo suele estar en posición contraída, en inhumaciones simples o dobles todo lo más. Se entierran en fosas ovales o rectangulares, en cista o en simple pozo..." (Rubio, I, 1980-81, p. 71). Siguiendo esta tradición, durante el Calcolítico, junto a los enterramientos que utilizan espacios funerarios naturales o monumentos megalíticos más o menos espectaculares, ya en uso en momentos previos y que se aprovechan para enterramientos colectivos, tenemos constancia de la erección de sus propios monumentos funerarios, unas veces para uso colectivo y otras, las más, para uso individual. Precisamente la práctica de la inhumación individual es la que, poco a poco, irá ganando terreno para terminar siendo el ritual más frecuente tanto entre los grupos calcolíticos tardíos del Horizonte Campaniforme como entre los distintos círculos del Bronce peninsular, aunque con algunas variantes significativas en lo que se refiere a las estructuras y los lugares en que se emplazan los enterramientos, así como en lo relativo a los ajuares.

En el caso concreto del interior peninsular, la existencia

1.- Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto PR00045/94 del Plan Regional de promoción del conocimiento de la Comunidad de Madrid.

de inhumaciones individuales o a lo sumo dobles, generalmente en simples fosas excavadas en el suelo y aisladas de otras manifestaciones funerarias, empieza a estar ampliamente documentada en yacimientos calcolíticos campaniformes y no campaniformes. Estos enterramientos pueden tener una clara "raigambre neolítica" tanto en la forma de deposición de los cuerpos y en las estructuras que los acogen, como en muchos de los elementos de los ajuares muebles (Fabián, J.F., 1995, p. 155). Una de las manifestaciones de este tipo adscribibles al Calcolítico antiguo es el enterramiento de "El Ollar" en Donhierro (Segovia), una sepultura en fosa que, al parecer, acogía dos cuerpos colocados en decúbito supino y rodeados de una serie de piedras calizas (Delibes, G., 1988, p. 227 y ss). Dentro del mismo marco del calcolítico precampaniforme se inscriben también las dos fosas de inhumación individual de Ciguñuela (Valladolid), próximas al poblado calcolítico de Las Cañamonas (Delibes, G., 1988, p. 236), así como otros hallazgos de contextos peor definidos (Fabián, J.F., 1993, pp. 166-67).

Pero es en el Calcolítico tardío, coincidiendo con el Horizonte campaniforme, cuando encontramos un número realmente importante de "fosas de enterramiento individual" ya que en estos momentos "el sistema más característico de enterramiento es la inhumación individual practicada en simple fosa excavada en la tierra, sin ningún tipo de revestimiento en las paredes y sin cubierta de piedra" (Delibes, G., 1977, p. 123). Prueba de ello son los innumerables ejemplos conocidos desde antiguo en una importante nómina de yacimientos del interior peninsular. Aunque desgraciadamente en muchos casos sólo ha llegado hasta nosotros el ajuar junto a confusas noticias sobre las circunstancias de su recuperación, contamos también con algunos datos que nos permiten aproximarnos al entorno geográfico y marco cultural en los que se encuentran esas sepulturas y a las características de las fosas.

En lo que se refiere a las características de estas fosas hay bastantes denominadores comunes, entre ellos, la planta y el tamaño de la tumba, ya que suelen presentar una forma oval más o menos regular con unos ejes de algo más de metro y medio por un metro. Así mismo, todas las fosas conocidas son de escasa profundidad ya que su altura puede oscilar entre los 20 y los 70 centímetros. Frente a la idea tradicional de que son enterramientos "planos", en cotraposición a las estructuras tumulares megalíticas que se visualizan desde una distancia importante, ha empezado a evidenciarse que, al menos muchos de ellos, también poseen una señalización o cubierta tumular, es el caso de Fuente Olmedo donde "el hoyo aparecía cubierto con una gran cantidad de cantos rodados hasta formar un pequeño túmulo, recordándonos en su esquema a ciertas sepulturas campaniformes inglesas, y en particular a la de East Kenneths Wilts" (Martín Valls, R. y G. Delibes, 1989, p. 39).

Una cubrición similar parece que existía en la fosa de Valdeprados, Avila (Fabián, J.F., 1994, p. 23) así como en dos tumbas campaniformes recientemente aparecidas en el Valle del Manzanares aguas abajo de Madrid, colmatadas

con piedras procedentes del entorno, que en el caso del arenero de Soto formaban claramente una estructura pseudotumular (Blasco, C., M^a L. Sánchez Capilla, y J. Calle, vid. lám. I, p. 90 y lám. III, p. 95). Estas cubiertas probablemente tuvieron la misión de servir de indicadores al igual que la laja que, al parecer, cubría la fosa del arenero de Miguel Ruiz, cuyas dimensiones desconocemos (Loriana, Marqués de 1942, pp. 161-162).

En cuanto a la colocación de los cuerpos, la más frecuente es junto a las paredes de la fosa, en posición contraria sin adaptarse a una orientación fija. Por otra parte, no contamos con demasiados datos sobre la disposición del ajuar en relación al cuerpo y, aunque no debieron de existir pautas excesivamente fijas, sí hay una cierta predisposición a su situación en torno a la cabeza y/o a la altura de la cadera, junto a las manos. Pero más importante es la constatación de la diferencia en la composición y riqueza de los ajuares, ya que frente a algunos de extraordinaria importancia, como es del de Fuente Olmedo que incluye un servicio cerámico completo (vaso, cazuela y cuenco), un puñal y once puntas palmela de cobre, una punta de sílex, un brazal de arquero en piedra y una diadema de oro (Martín Valls, R. y G. Delibes, 1989), otros enterramientos individuales en fosa en la propia región del Valle del Duero, como Pajares de Adaja o Samboal sólo contenían cerámica, mientras que en Portillo se recuperó un puñal de lengüeta de cobre, restos de un vaso y un pequeño fragmento de un cuenco (Martín Valls, R. y Delibes, G., 1989, pp. 25 a 40).

En el Bajo Manzanares también se han documentado importantes diferencias en la calidad y cantidad de los ajuares pues mientras la tumba del Arenero de Miguel Ruiz ofreció un ajuar consistente en dos grandes fragmentos de vasos, un cuenco, un brazal de arquero, un puñal y una punta palmela, ambos de cobre (Loriana, Marqués de, 1942), en los enterramientos de Perales del Río tan sólo se recuperaron ajuares cerámicos, uno de los cuales consistía en dos recipientes lisos y un fragmento decorado y el otro en un plato liso y un vaso decorado (Blasco M^a C., M^a L. Sánchez Capilla, y J. Calle, 1994, pp. 87-99). Incluso resulta especialmente significativo el que en algunos casos los vasos que componen el ajuar sean lisos, mientras que entre las tierras de relleno aparecen fragmentos cerámicos decorados pertenecientes a ejemplares amortizados. Esta diferencia de ajuares puede ser interpretada no sólo por el diferente rol desempeñado por los personajes enterrados sino también porque "la forma en que su posición social aparece en las tumbas varía de una sociedad a otra y todavía estamos lejos de conocer estas variantes" (Ruíz Zapatero, G. y T. Chapa, 1990, p. 364), particularmente cuando las variaciones se registran entre grupos de un mismo círculo cultural.

Otro aspecto que tampoco tiene resuelto la investigación es el de la personalidad de los personajes enterrados ya que son muy pocos los restos humanos recuperados y menos aun los que han merecido una mínima atención. Tan sólo conocemos que el importante personaje de Fuente Olmedo era un varón joven, de más de 18 años. Como tam-

bién eran varones jóvenes los inhumados en las dos tumbas de Perales del Río (Getafe), uno de ellos con una edad estimada entre 20 y 30 años y el otro entre 15 y 20, este segundo asociado a una mandíbula infantil. Esta coincidencia de datos en absoluto puede tomarse como significativa debido al escaso tamaño de la muestra, sobre todo si se tiene en cuenta que la coincidencia se rompe cuando la contrastamos con algunos de los datos que nos ofrecen los restos de los enterramientos múltiples de este mismo horizonte campaniforme.

Aunque las inhumaciones individuales en fosas planas o cubiertas con pequeños túmulos o indicadores líticos debieron ser, como ya se ha apuntado, las más frecuentes, no son las únicas pues existen otros ejemplos más o menos excepcionales integrados dentro de un contexto funerario complejo que ahora empieza a documentarse. Es el "campo de túmulos" de Aldeagordillo donde todo parece indicar que se trata de un monumento en el que se depositaron restos de tres individuos, dos infantiles y uno adulto, de los que, al menos, dos de ellos corresponden a inhumaciones secundarias (Fabián, J. F., 1992). Se trata de un tipo de tumba más próxima a algunos megalitos, ya que la pequeña fosa donde se ubican los cuerpos enterrados es más bien un "cistoide" y tanto la disposición del ajuar, como las manipulaciones de los cadáveres, con cremaciones parciales así como la ordenada estructura tumular son aspectos que pueden tener ciertos paralelos con el mundo megalítico a la par que convierten a este yacimiento en un ejemplo singular que se complementa con ofrendas depositadas bajo una serie de túmulos que circundan la tumba central.

A pesar de la diferencia arquitectónica entre las tumbas en fosa y "el cistoide" de Aldeagordillo es importante tener en cuenta la complejidad ritual documentada en este último yacimiento ya que no puede descartarse que los enterramientos localizados en Ciempozuelos pudieran corresponder a un conjunto más o menos similar pues, si bien es cierto que los datos que nos aportan las publicaciones referidas a este yacimiento son muy vagos y confusos, al menos sí se pueden extraer algunos detalles que, en cierta medida, permiten rectificar algunos tópicos difundidos acerca de este paradigmático yacimiento, entre ellos que no se trata de un verdadero cementerio, sino simplemente de un pequeño grupo de inhumaciones que podrían estar integradas en un conjunto, pues todo parece indicar que se hallaron a escasa distancia.

Con respecto a la ubicación de los enterramientos corresponde "a terrenos ondulados, más bien bajos y no excesivamente próximos a los cauces de los ríos" (Delibes, G., 1977, p. 126), aunque no faltan ejemplos en los que las fosas se encuentran en las terrazas bajas, en un terreno absolutamente llano. Pero sin duda uno de los aspectos en los que más se está avanzando es en el de su contextualización ya que frente a la tradicional creencia de que estas manifestaciones se encontraban absolutamente aisladas de otros restos coetáneos, hoy empieza a constatar su proximidad a núcleos poblacionales con los que pudieron tener

relación, esta circunstancia cobra especial relevancia si tenemos en cuenta que durante la Edad del Bronce los enterramientos se practican habitualmente en el espacio doméstico.

Hace ya unos años Martín Valls y Delibes, en la segunda edición del estudio de Fuente Olmedo, constataron que una detenida prospección en los alrededores de algunas de estas tumbas de la Meseta Norte, como es el caso de las de Arrabal de Portillo, Pajares de Adaja o Fuente Olmedo, había deparado la documentación de otros restos calcolíticos que podían corresponder a ocupaciones más o menos extensas y duraderas (Martín Valls, R. y G. Delibes, 1989, p. 65 y ss). Esta circunstancia se repite en otras zonas de la Meseta como es el Valle del Manzanares, donde las dos tumbas recientemente exhumadas se hallaron en lugares donde se recogieron restos muebles pertenecientes a posibles establecimientos sincrónicos y en el valle del Jarama donde el propio cementerio de Ciempozuelos se encuentra a pocos kilómetros de otros restos habitacionales campaniformes (Blasco, M^a C., M^a L. Sánchez Capilla, y J. Calle, 1994).

Así pues, cada vez son más abundantes los enterramientos campaniformes en fosa que se encuentran en relación más o menos directa con lugares de ocupación. En todo caso, conviene apuntar la dificultad que existe en la mayoría de las ocasiones para poder identificar con seguridad la vinculación entre ambos tipos de yacimientos aun cuando se encuentren en un mismo lugar o a escasa distancia. Esta dificultad se justifica, en primer lugar, por la escasa entidad de los suelos de los asentamientos campaniformes, ya que a veces se reducen a someras manchas de apenas unos centímetros de espesor en las que se concentran materiales muebles amortizados procedentes de la ocupación y que resultan de difícil identificación. En segundo lugar por las propias características de los materiales muebles de ambos tipos de yacimientos ya que, mientras la mayoría de los enterramientos ofrecen las características cerámicas campaniformes decoradas, en los asentamientos los conjuntos vasculares dominantes son lisos y de morfologías simples lo que hace difícil, no ya su asociación a los enterramientos, sino incluso su propia adscripción cultural. Este problema se puede ver dificultado si, como sospechamos a la luz de recientes hallazgos, algunos asentamientos ofrecen cerámicas campaniformes decoradas con una determinada técnica y su correspondiente enterramiento tiene como ajuar vasos, también campaniformes, pero de técnica y/o estilo diferentes. No obstante, la posibilidad de hacer sincrónicos ambos tipos de hallazgos sólo se podría confirmar mediante series de dataciones que lo justificasen.

De todas formas, hasta tanto no podamos demostrar esta correlación, sabemos que ya son muchos los asentamientos calcolíticos no campaniformes de distintas áreas peninsulares en los que los que se han documentado enterramientos. Un caso bien conocido es el de La Pijotilla (Badajoz), en la cuenca media del Guadiana, un yacimiento que ha arrojado a la luz varios "silos" semejantes a otros pertenecientes a

subestructuras domésticas, utilizados como enterramientos individuales (Hurtado, V., 1986, p. 63-65). Algo más al sur, en Valencina de la Concepción (Sevilla), en un punto próximo a una importante zona dolménica en la que se encuentran monumentos tan importantes como La Pastora, Ontiveros o Matarrubilla, dentro de una área de habitación han aparecido varios enterramientos, algunos de ellos en estructuras domésticas y otros en zanjas o silos (Álcazar, J., A. Martín, y M.T. Ruíz, 1992).

En este sentido se entiende bien que estas nuevas prácticas de enterramientos, junto o incluso dentro de las zonas de hábitat, vayan ganando adeptos y se consoliden como las más usuales entre los diferentes grupos de la Edad del Bronce peninsular, incluidos los del interior donde, como hemos visto, desde el campaniforme son muy frecuentes dentro de un claro proceso de cambio sociocultural.

En paralelo a esta identificación de los enterramientos con una determinada zona de hábitat, ya desde el campaniforme, se producen otros cambios no menos importantes como son la práctica de los enterramientos individuales y la minimización de las estructuras tumbales hasta quedar reducidas, en la mayoría de los casos del interior peninsular, a meras fosas que, generalmente, se debieron de señalar con una pequeña acumulación de piedras las cuales no parece que llegaran a crear auténticas estructuras tumulares.

Desgraciadamente, de momento, la falta de buenas contextualizaciones en todo el interior peninsular nos impide reconocer cuál pudo ser la fórmula de enterramiento más común durante el Calcolítico, si la de enterramientos aislados pero próximos a las zonas de hábitat disperso, o más bien la de la inclusión de los enterramientos individuales en el interior del propio ámbito doméstico. En uno y otro caso, lo que sí parece claro es que debió de existir una relación de proximidad entre ambos espacios. Además queda sin resolver también quiénes y por qué recibieron sepultura ya que lo que sí parece claro es que este tratamiento fué sólo patrimonio de unos pocos.

LA EDAD DEL BRONCE:

Si escasamente conocidos son los enterramientos calcolíticos del interior peninsular, hasta hace poco todavía menos datos existían sobre las costumbres funerarias durante el Bronce Pleno en este amplio territorio (Galán, C., 1988), sin embargo esta deficiencia empieza a ser subsanada en los últimos años por una importante serie de hallazgos, algunos de los cuales se encuentran bien contextualizados y pueden servir de hilo conductor para aproximarse a la interpretación de viejas y confusas referencias.

Es indudable que durante la Edad del Bronce se mantienen en uso determinados lugares funerarios tradicionales de carácter colectivo más o menos alejados de los lugares de hábitat como pueden ser los megalitos y las cuevas o grietas naturales, pero estos enterramientos son más escasos que en horizontes anteriores y además resultan de difícil interpretación por el prolongado uso de estos lugares así como por sus frecuentes remociones. Entre las múltiples cuevas mese-

teñas que pueden contener enterramientos de la Edad del Bronce se encuentran La Cueva del Asno en Soria, La Cueva de La Vaquera en Segovia o la de Pedro Fernández en Madrid. Pero es la Cueva del Fraile, en Uclés, Cuenca, la que ha entregado enterramientos más característicos de la edad del Bronce al encontrarse, varios de ellos, dentro de tinajas.

Por otra parte, durante esta etapa no se abandona plenamente la práctica de erigir monumentos o cavar nuevas tumbas para la práctica de enterramientos colectivos como lo evidencia un yacimiento singular de enterramiento múltiple, recientemente conocido, perteneciente a fines del Calcolítico o inicios de la Edad del Bronce, es la fosa de El Tomillar (Bercial de Zapardiel, Avila (Fabián, J.F., 1995), enmarcado dentro de un poblado de "fondos da cabaña", una circunstancia que lo aproxima más a lo que va a ser una constante en muchos de los yacimientos de la Edad del Bronce en nuestra área estudio, aunque difiera en la utilización de la tumba para enterramiento colectivo. Sin embargo, estos ejemplos representan, por el momento, una cierta excepcionalidad y posiblemente se explican dentro de una etapa de tránsito entre el Calcolítico Final y el inicio de la Edad del Bronce, una adscripción avalada por las dos fechas de C.14 que ha proporcionado: 1830± 100 a. C. y 1880± 95 a. C. (Fabián, F., 1995, p. 40). Esta tumba podría ser fruto de una idea arraigada de enterramientos colectivos que paulatinamente son sustituidos por las nuevas prácticas funerarias en las que se generaliza la inhumación individual dentro del ámbito doméstico, una tendencia que es similar a la que, desde hace ya mucho más tiempo, se había documentado en otras áreas culturales de la Edad del Bronce Peninsular mejor conocidas en este aspecto como es el círculo argárico.

Afortunadamente la existencia de enterramientos de la Edad del Bronce comienza a estar documentada en mayor o menor medida en toda la Meseta, independientemente del área cultural en la que se engloben cada uno de los yacimientos, pues en los momentos actuales se han identificado estas manifestaciones tanto en las motillas (Nájera, T., 1984, p. 18) como en los poblados de altura de Ciudad Real, caso de La Encantada (Nieto, G. y J. Sánchez Meseguer, 1980) o Albacete (Hernández, M., y otros 1994), como en los poblados de "fondos de cabaña" de las cuencas del Tajo y Duero (Jimeno, A., 1984 y Valiente, J., 1992).

En concreto la nómina de yacimientos meseteños con enterramientos publicados que por cronología absoluta y/o por características de sus materiales se enmarcan, con bastante probabilidad en la Plena Edad del Bronce ha aumentado considerablemente, aunque desgraciadamente muchos de los hallazgos no han estado acompañados de excavaciones amplias que permitan reconocer bien su contexto. Entre estos yacimientos con enterramientos queremos destacar Los Cerros de La Encantada y El Cuchillo en Ciudad Real y Albacete respectivamente, Las Motillas de El Azuer, Los Palacios y Torralba, en Ciudad Real, los poblados de "silos" de El Alto Tajo de El Tejar del Sastre, La Fábrica de Eus-

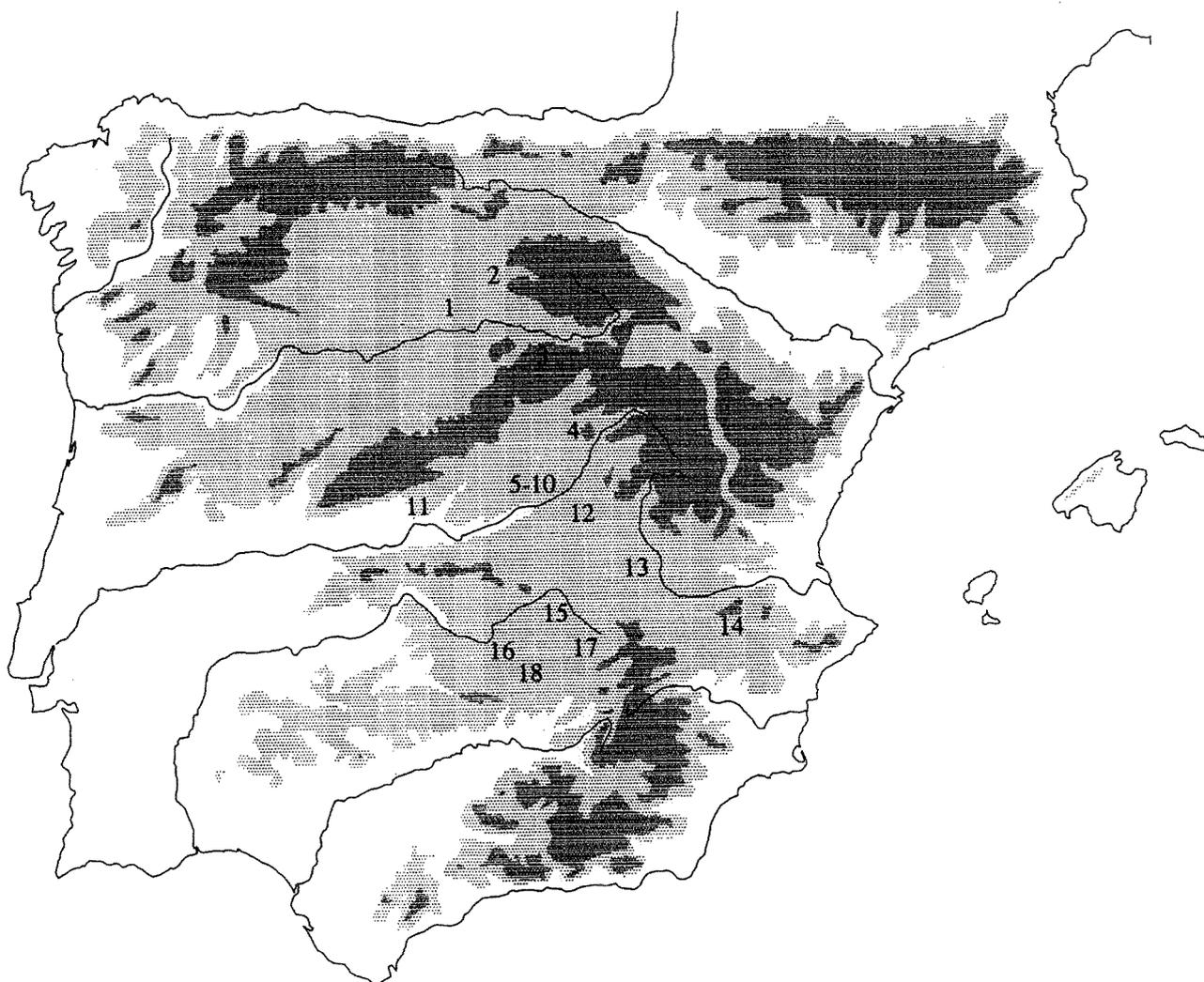


Figura 1. Mapa de distribución de los yacimientos con manifestaciones funerarias del Bronce Pleno en la Meseta. 1.- CARRELAS VEGAS (Santillana de Campos, Palencia). 2.- VILLALMANZO (Burgos). 3.- LOS TOLMOS DE CARACENA (Soria). 4.- LA LOMA DEL LOMO (Cogolludo, Guadalajara). 5.- ARENERO QUITAPENAS (Madrid). 6.- TEJAR DEL SASTRE (Madrid). 7.- FABRICA DE LA COMPAÑIA EUSKALDUNA-EL ESPINILLO (Madrid). 8.- CASERIO DE PERALES (Getafe, Madrid). 9.- ARENERO DEL MANZANARES (Rivas-Vaciamadrid, Madrid). 10.- PRESA DEL REY (Rivas-Vaciamadrid, Madrid). 11.- CERRO DEL OBISPO (Castillo de Bayuela, Toledo). 12.- CUEVA DEL FRAILE (Uclés, Cuenca). 13.- CERRO PELAO (Tébar, Cuenca). 14.- CERRO DEL CUCHILLO (Almansa, Albacete). 15.- MOTILLA DEL AZUER (Daimiel, Ciudad Real). 16.- MOTILLA DE SANTA MARIA DEL RETAMAR (Argamasilla de Alba, Ciudad Real). 17.- MOTILLA DE LOS PALACIOS (Almagro, Ciudad Real). 18.- CERRO DE LA ENCANTADA (Granátula de Calatrava, Ciudad Real).

kalduna-El Espinillo, El Caserío de Perales, Arenero del Jarama y La Presa del Rey, todos ellos en Madrid; La Loma del Lomo en Guadalajara; El Cerro del Obispo (Toledo), en el Tajo Medio. Cerro Pelao de Tébar y la Cueva de El Fraile en Cuenca. Carrelasvegas (Palencia), Los Tolmos de Caracena (Soria) y Los Palomares (Burgos) en la cuenca del Duero (figura 1).

LA UBICACIÓN DE LOS ENTERRAMIENTOS: SU RELACIÓN CON LOS LUGARES DE HABITAT.

Frente a la escasa documentación con la que contamos

sobre este aspecto a lo largo del Calcolítico, en la Edad del Bronce la situación cambia sensiblemente gracias a la costumbre generalizada de introducir los enterramientos en los ámbitos domésticos, algo que se produce en todos los círculos del Bronce peninsular, a excepción del suroeste donde las características necrópolis de cistas se ubican en espacios claramente diferenciados de los poblados (Varela, M., 1994, p. 138).

No sabemos si esta adopción del espacio doméstico como lugar de enterramiento se asocia también a una normativa respecto a los lugares en que se colocan las tumbas

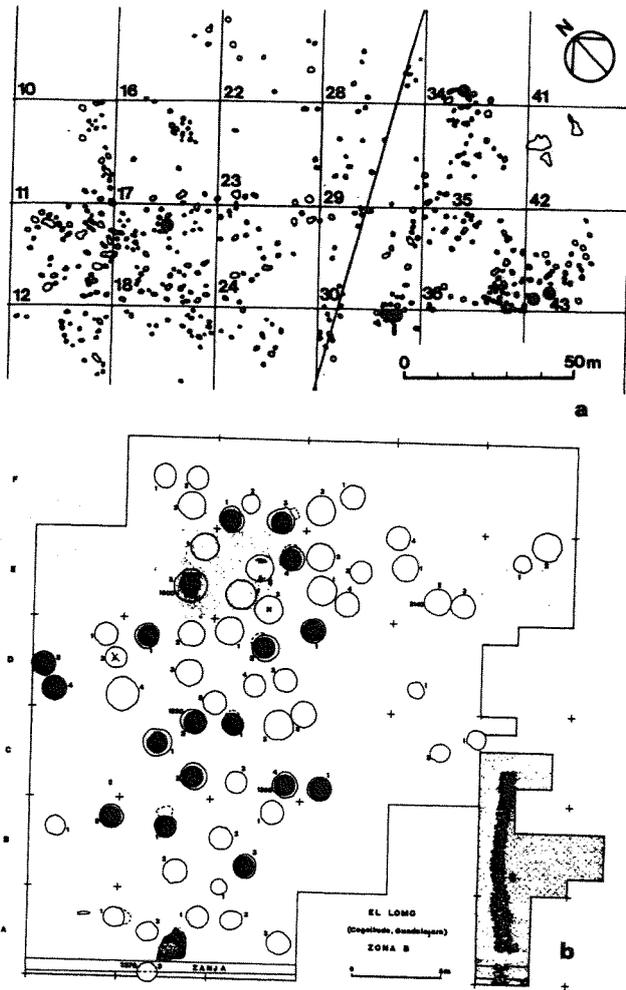


Figura 2. Distribución de los enterramientos (marcados con puntos negros) dentro de los yacimientos del Caserío de Perales (a) y de La Loma del Lomo (b). (Según Blasco, C., J. Calle y M^a L. Sánchez Capilla, 1991 y Valiente J., 1992).

dentro del poblado ya que la comprobación de este supuesto resulta complicada en los poblados de “fondos” pues hasta el momento ha sido imposible identificar las plantas de las cabañas, incluso en los dos yacimientos de este tipo donde se ha excavado una superficie suficientemente amplia y que además han proporcionado varios enterramientos: La Loma del Lomo y El Caserío de Perales (figura 2). No obstante, en estos dos asentamientos, los enterramientos parecen distribuirse aleatoriamente o, al menos, con una pauta distinta ya que mientras en el primero de estos yacimientos se observa una importante concentración en determinadas zonas del sector oriental, pudiendo incluso adivinarse ciertos agrupamientos, en el segundo, con menor número de sepulturas (tan sólo se han recuperado cinco), su ubicación parece más dispersa.

La única pista nos la proporciona el yacimiento de Los Tolmos de Caracena en Soria donde, gracias a la localización de los postes de sustentación de las cabañas y a la

identificación de las plantas de dos estructuras por haber sido parcialmente entalladas en la roca, se sabe que una de los dos tumbas exhumadas se encontró a unos 60 centímetros de una de las cabañas (figura 4.a). Según sus excavadores “la disposición del enterramiento en este lugar quizás haya que relacionarlo con la costumbre, que existe desde el Neolítico en el entorno Mediterráneo, de disponer los cadáveres bajo el suelo del hogar, en este sentido no hay que olvidar que el hogar aparecido, se sitúa al exterior, a una distancia similar de las cabañas” (Jimeno, A. y J.J. Fernández, 1991, p. 21).

Otro dato que, de momento, no es fácil extraer, es la posible relación que puedan tener los enterramientos con otras fosas próximas pero no se puede descartar que, en algunos casos, determinadas ofrendas funerarias se colocaran en “hoyos” cercanos a la utilizada como tumba, tal como parece desprenderse en un caso en Perales del Río donde una de las fosas de enterramiento tenía en la proximidad otro hoyo de escaso tamaño de boca y gran profundidad, absolutamente comaltado de restos de huesos animales, como si se tratara de los desperdicios de un banquete o incluso de la acumulación reiterada de carne de consumo como ofrenda (Blasco, M^a C., J. Calle, y M^a L. Sánchez Capilla, 1991, p. 68).

En este sentido no puede descartarse que las “ofrendas” de animales completos localizadas en algunas fosas sin enterramientos, tanto en La Loma del Lomo como en Perales del Río puedan estar en relación con ajuares funerarios de alguna de las inhumaciones próximas (caso del perro depositado en una hoyo próxima al enterramiento 9 de la Loma del Lomo) o incluso tengan otra explicación relacionada con el mundo de los muertos y se trate de auténticos cenotafios.

Otro es el caso de los enterramientos en poblados con estructuras en duro, donde existe una mayor posibilidad de establecer relaciones espaciales. En La Encantada únicamente sabemos que la mayoría de los enterramientos corresponden a la fase más avanzada de la vida del poblado y que muestran entre sí sensibles diferencias topográficas con respecto a las estructuras (Romero, H. y J. Sánchez Meseguer, 1988, p. 139) con las que se relacionan y a las que su excavador asigna un “carácter ritual” ya que aparecen tanto en sus alrededores como asociadas a ellas e incluso en su interior, rompiendo sus pavimentos (Sánchez Meseguer, J., 1994, pp. 77-78). También en el Cerro del Cuchillo se han localizado enterramientos tanto en las estructuras, incluso rompiendo los muros de algunas plataformas (enterramientos 1 y 5) (figura 5.c), como adosadas a los recintos de murallas (enterramientos 2, 3 y 4), como en el interior de un departamento con posible función de cisterna o almacén (Hernández, M., Simón, J.L. y López, J.A., 1994, p. 65.)

Una problemática similar presentan las motillas donde las inhumaciones “adoptan el ritual característico de la Cultura del Argar, con lo que la Meseta meridional queda incluida dentro del amplio círculo peninsular que tiene

MANIFESTACIONES FUNERARIAS DE LA EDAD DEL BRONCE EN LA MESETA

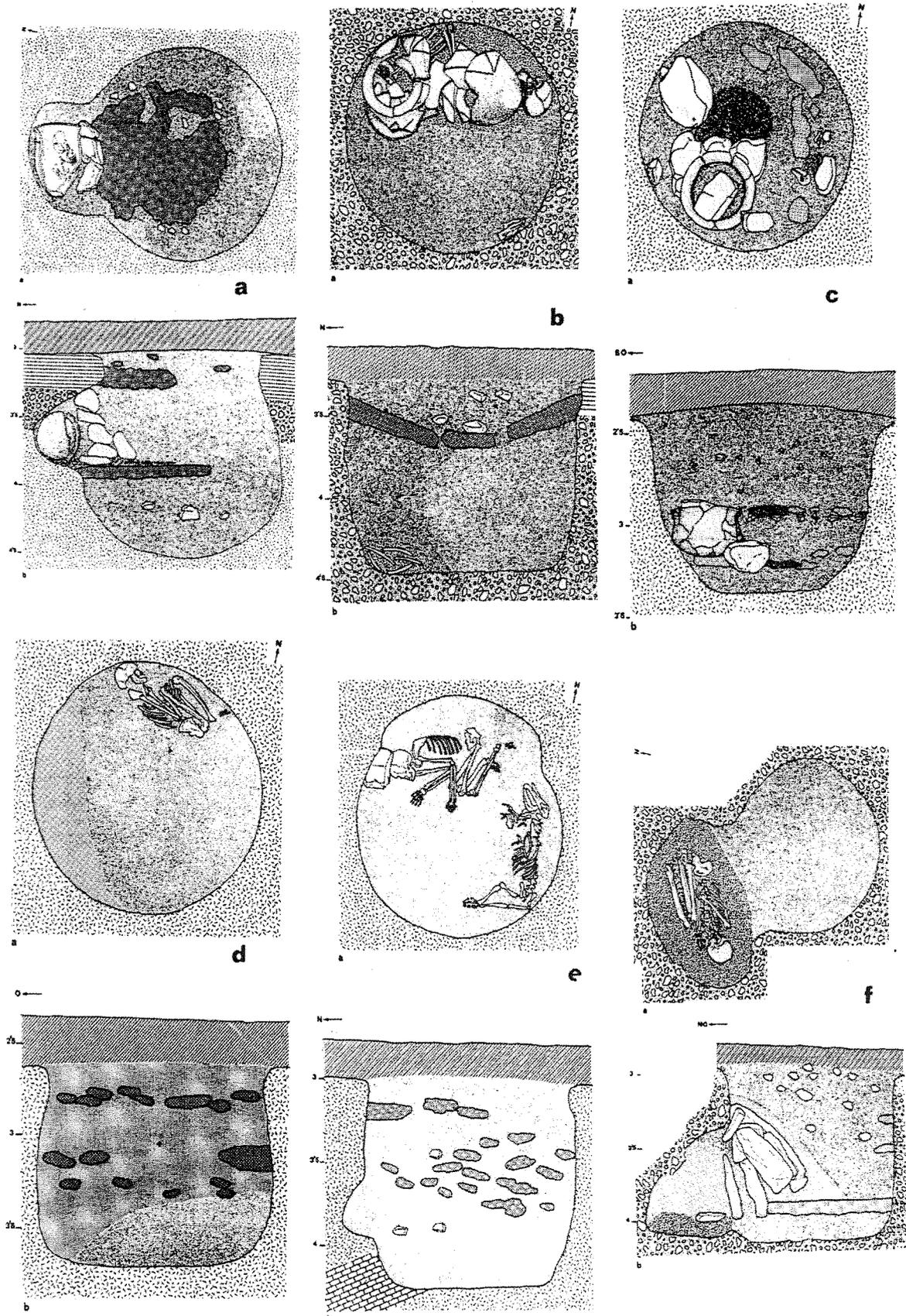


Figura 3. Diversos tipos de enterramientos en fosa de La Loma del Lomo. Las tres primeras (a, b y c) son enterramientos en "pithoi". Corresponden, respectivamente, a los números 12, 13, 9, 8, 6 y 20 (Según Valiente, J., 1992).

como característica común en esta época la adopción del enterramiento individual, en posición flexionada y en el interior del área del poblado" (Nájera, T., 1984, p. 18). El monumento que más datos ha aportado es la Motilla del Azuer donde sabemos que se han documentado, al menos, 15 sepulturas las cuales pertenecen a distintas fases, estando presentes desde los primeros momentos hasta fines de la Edad del Bronce. Salvo, en una de las etapas recientes en que se han encontrado en la zona de la fortificación, en el resto, las inhumaciones, 11 en total, aparecen en el área de poblado, adosadas a los muros de las cabañas o a los de las fortificaciones (Nájera, T. y otros, 1981, p. 297). En la Motilla de Santa María de Retamar hay indicios de cuatro enterramientos de los cuales sólo uno se encontraba en posición primaria en los niveles más recientes del área de habitación (Colmenarejo, R. y otros, 1987, p. 85). Todavía más confusos son los datos que tenemos sobre la situación en la que se encontraban los restos humanos de la Motilla de Los Romeros, pertenecientes, al menos, a dos individuos (García, T., 1987, p. 155).

En otros casos, los restos funerarios han aparecido descontextualizados, bien por tratarse de hallazgos ocasionales a los que no ha seguido una excavación que permitiera

poner esos restos en relación con su entorno, caso de los areneros del Jarama, Quitapenas, Presa del Rey o Villalmanzo, bien porque en el proceso de excavación no se ha localizado el poblado, caso del Cerro del Obispo del Castillo de Bayuela, una necrópolis que, según sus excavadores "corresponde a un poblado instalado en el cercano Cerro Castilla" (Gil, J.I. y otros, 1988), a falta de una excavación más amplia que permitiera contrastar esta hipótesis, nos encontramos, por el momento, ante el único conjunto de tumbas del Bronce Pleno cuya ubicación no coincide con la del poblado. A ella habría que sumar los enterramientos en Cueva, como la del Fraile, Uclés (Cuenca), también utilizados como panteones localizados fuera del ámbito de los poblados.

LAS CARACTERISTICAS DE LAS TUMBAS:

En general, las inhumaciones se alojan en tumbas planas, no señalizadas, cuya identificación resulta difícil. Así frente a la práctica desarrollada en el Neolítico Final y buena parte del Calcolítico de utilizar los monumentos

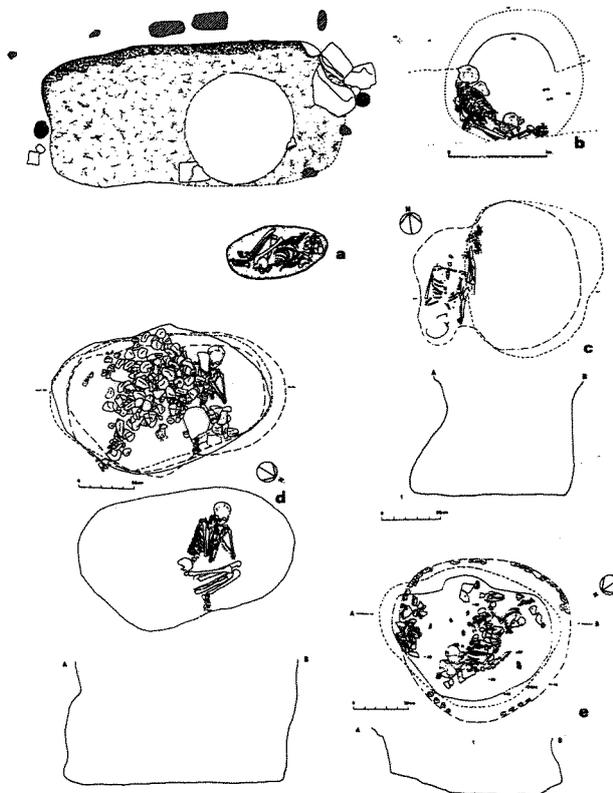


Figura 4. Enterramientos en fosa. a: Los Tolmos de Caracena (Según Jimeno J. y J.J. Fernandez, 1991). b: Carrelasvegas (según Martín, M.A. y otros 1993). c, d y e: Caserío de Perales (enterramientos nº 1, 7, 5 y 6) (Según Blasco, M^a C., J. Calle y M^a L. Sanchez Capilla, 1991).

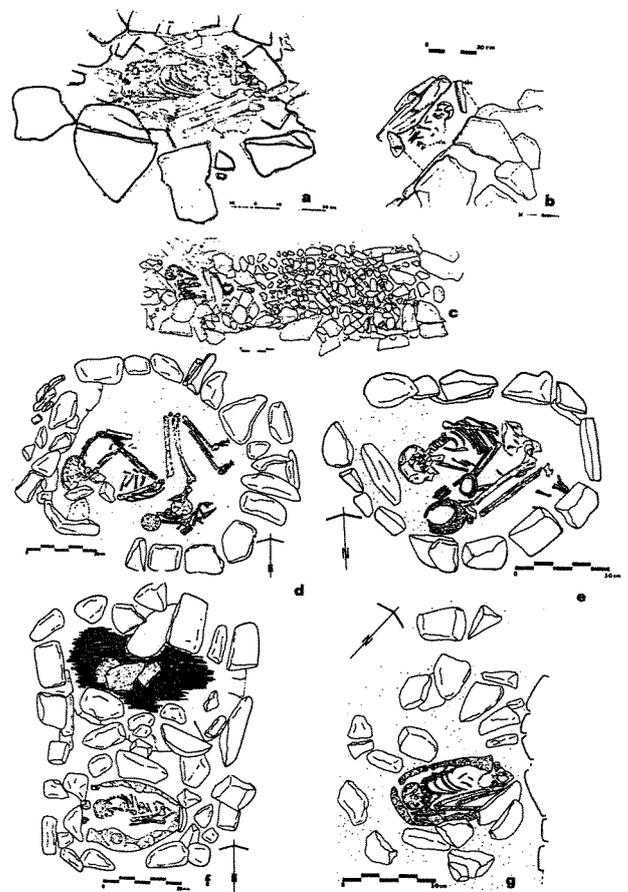


Figura 5. Tumbas de cista con mampuestos o lajas. a, b y c del Cerro del Cuchillo (enterramientos nº 3, 2 y 5) (Según Hernandez, M., J.L. Simón y J.A. López, 1994). d, e, f y g del Cerro de la Encantada (enterramientos nº 6, 3, 1 y 2) (según Nieto, G. y J. Sánchez Meseguer, 1980).

funerarios como hitos de referencia, colocados en lugares bien visibles y remarcados por el levantamiento de grandes estructuras tumulares, asistimos durante la Edad del Bronce a un fenómeno de ocultación de estas manifestaciones, no solo por quedar englobados en el espacio doméstico donde destacan las estructuras habitacionales, sino porque incluso se eliminan las señalizaciones, al menos las realizadas con materiales inorgánicos ya que no se puede descartar la existencia de señalizaciones lígneas o en otro material perecedero. Atendiendo a las características arquitectónicas de estas tumbas, parece que comienzan a configurarse, dentro de nuestra área de estudio, dos grandes grupos que tienen una clara delimitación geográfica:

a) Las Cuencas del Duero y Tajo donde las inhumaciones se practican en simples fosas excavadas en el subsuelo en las que no se realiza ningún tipo de aislamiento o recubrimiento de paredes y suelos, las cuales se confunden con las múltiples hoyas que proliferan en los hábitats y que aparecen colmatadas con desechos domésticos o con ocultaciones de materiales recuperables o incluso con algunos "depósitos de difícil interpretación".

Estas tumbas, simplemente excavadas, corresponden precisamente a grupos cuyas estructuras domésticas no han llegado hasta nosotros por estar posiblemente realizadas con materiales perecederos y simples revocos de tierra. Esta coincidencia no es fortuita, antes al contrario, resulta coherente con la falta de tradición de arquitectura lítica en estas cuencas sedimentarias donde apenas existen piedras aptas para la construcción (figuras 3 y 4).

b) La cuenca del Guadiana y las cuencas del Júcar y Segura a su paso por Cuenca y Albacete donde, además de simples fosas, similares a las del área antes citada, se utilizan también tumbas de mampostería, cistas realizadas con lajas e incluso covachas o grietas naturales. Esta segunda región coincide con el área de desarrollo del Bronce de las motillas (Nájera, T., 1984) o con los poblados de altura de Ciudad Real (Nieto, G. y Sánchez Meseguer, J.L., 1980), tipo La Encantada o incluso con otros asentamientos de altura de la provincia de Albacete como El Cerro de El Cuchillo en el Corredor de Almansa dado a conocer recientemente (Hernández, M.S. y otros 1994) (figura 5).

Es característica común a todos estos yacimientos el desarrollo de una arquitectura doméstica en duro, con empleo generalizado de mampuestos hechos en sillarejos o lajas para los zócalos de las viviendas. Otro rasgo común a estos yacimientos de la Edad del Bronce de la franja sur de la submeseta sur es el desarrollo de una arquitectura defensiva caracterizada por el trazado de varias líneas de murallas que en el caso de las motillas se articulan en torno a un torreón central mientras que en el caso de los poblados de altura encierran un núcleo de estructuras y se refuerzan, en algunos puntos, con bastiones o torres. Teniendo en cuenta las características de la arquitectura civil y militar de estos grupos con el empleo masivo de la piedra, parece lógico que sea precisamente aquí donde encontremos las sepulturas con mayor desarrollo arquitectónico.

A pesar de esta dicotomía existen bastantes rasgos que no sólo dan un aire de uniformidad a toda la Meseta sino que también la aproximan al resto de los grupos peninsulares de la Edad del Bronce ya que además de la inhumación individual a la que ya nos hemos referido, coinciden con los enterramientos de áreas culturales periféricas en la disposición de los cuerpos en posición contraída, en la dispersión de las tumbas por el ámbito residencial, bien sea bajo el suelo de las estructuras domésticas o adosadas a ellas o bien en torno a las líneas de murallas, e incluso en la propia morfología de las tumbas, así como en la deposición de algunas de las inhumaciones, particularmente las infantiles, en tinas o "pithoi".

El escaso número de tumbas conocidas y particularmente el todavía más reducido número de sepulturas publicadas en el conjunto de yacimientos de la Edad del Bronce de la Meseta dificulta la confección de una tipología que nos permita ver la distribución dentro de los diversos yacimientos. Sólo a grandes rasgos podemos hablar de tres variantes importantes:

1.- Cistas de planta rectangular o cuadrangular forradas de lajas hincadas. Se han documentado en La Encantada (Nieto, G. 1985), Las motillas del Azuer (Nájera T. y otros, 1981, p. 297) y Santa María del Retamar (Colmenarejo, R., y otros, 1987, p. 85), Cerro de El Cuchillo Hernández, M. y otros, 1994, pp 134-135) (figura 5. b y c) y Los Palomares (Delibes, G., 1971). Tan sólo conocemos las medidas de la cista del Cerro de El Cuchillo, que es de dimensiones reducidas ya que alberga una inhumación infantil.

2.- Cistas o fosas forradas con mampuestos irregulares que presentan planta de tendencia oval o irregular. Han sido identificadas en La Encantada (figura 5.d,e,f,g), Las Motillas del Azuer y de Santa María del Retamar, Cerro del Obispo (Gil, J.I. y otros, 1988) y Cerro del Cuchillo (figura 5.a). Sus medidas son variables, si bien suelen tener un eje mayor que puede oscilar entre 1 metro y 1'5 metros y un eje menor de entre 1 y 0'70 metros. El único dato que poseemos sobre la altura alcanzada por este tipo de sepulturas nos lo ofrece el enterramiento 1 de El Cuchillo, cuya profundidad máxima en el momento de la excavación era de 0'68 metros (Hernández, M. y otros, 1994, p. 134).

3.- Fosas simples sin ningún tipo de recubrimiento ni en la solera ni en las paredes. Suelen presentar planta circular, pero no faltan excepciones de planta oval como se ha documentado en una de las dos sepulturas conocidas de Los Tolmos de Caracena (figura 4.a).

Estas fosas simples presentan dos variantes bien diferenciadas:

3a.- De planta netamente circular u oval, tanto en la boca como en la base. Entre los yacimientos con esta tipología de tumbas se encuentran: La Loma del Lomo (Valiente, J., 1992) (figura 3), La Presa del Rey (Geanini, A., 1991) Arenero del Manzanares (Gaibar, C., 1974 p. 250), Caserío de Perales (Blasco, M^a C., y otros, 1991) (figura 4 c,d y e), Fábrica de Euskalduna-El Espinillo (Almagro Basch, M., 1955 y Baquedano, M^a I. y F. Blanco, 1994), El Tejar del

Sastre (Quero, S., 1982), Los Palomares (Delibes, 1971) y Los Tolmos de Caracena (Jimeno, A. y J.J. Fernández Moreno, 1991)

3b.- De planta circular en la boca y base también circular, pero con un nicho abierto en la pared que es donde se coloca el cuerpo del difunto. Se trata de una variante bien documentada también en el área argárica, concretamente a esta tipología pertenecen las cuatro tumbas documentadas en los cortes 4 y 5 de La Cuesta del Negro de Purullena donde, según sus excavadores, las cuatro tumbas, deben de tener una cronología muy próxima (Molina, F. y Pareja, E., 1975, p.19) y a juzgar por la tipología del puñal que constituye el ajuar de la tumba 2 hay que relacionarlas "con el horizonte de los "pithoi" en El Argar y son, por tanto, de época tardía" (Molina, F. y Pareja, E., 1975, p. 53). Se han documentado en La Loma del Lomo (Valiente, J., 1992) (figura 3.a y f), El Caserío de Perales, (Blasco; M C. y otros, 1991) (figura 4.c), y Carrelasvegas (Martín, M.A. y otros, 1993) (figura 4.b).

El volumen de estas tumbas de fosa es muy variable si bien observamos que existe una amplia mayoría con un diámetro que oscila entre 1'5 y 2 metros y una profundidad cercana al metro, unas dimensiones que se acercan mucho a las consignadas en La Cuesta del Negro de Purullena, lo que aumenta los paralelos entre los enterramientos de La Meseta y este yacimiento argárico. En general, son claramente más profundas que las fosas de enterramiento campaniformes.

LOS ENTERRAMIENTOS EN "PITHOI":

A estos tres tipos de tumbas hay que añadir la ocultación, tanto en el Cerro de La Encantada, como en la Motilla del Azuer, de algunos enterramientos practicados en pithoi depositados en simples grietas o pequeños hoyos (Nieto, G., 1980, p.423) o en cuevas, como es el caso de la Cueva del Fraile en Uclés, Cuenca (Díaz Andreu, M., 1994, p. 151), es decir en un espacio sin regularizar ni preparar previamente.

No obstante el enterramiento en "pithoi" se practica también dentro de las tumbas convencionales con cualquiera de las tipologías que acabamos de definir. Por otra parte, no es exclusivo del área más meridional de la meseta sino que lo encontramos también en los poblados de "fondos" de las cuencas del Duero y del Tajo, si bien en estos casos se colocan generalmente dentro de las características "fosas" simples que sirven también de sepultura a las inhumaciones colocadas directamente en la tierra.

En el Cerro de la Encantada se han exhumado, al menos, siete enterramientos de este tipo de los que cinco pertenecen a sepulturas infantiles y los otros dos a adultos (Romero, H. Sánchez Meseguer, J., 1989, p. 139) (figura 5 f y g). En el ámbito de las Motillas se tiene noticia de un enterramiento infantil en pithos en el yacimiento de El Azuer (Nájera, T., 1984). En las Cuencas del Duero y Tajo el número de hallazgos de este tipo, colocados dentro de simples hoyos, aumenta día a día, entre los yacimientos

conocidos hace ya tiempo se encuentran el arenero Quitapeñas (Pérez de Barradas, J., 1936), El Tejar del Sastre (Quero, S., 1982, p. 138), La Fábrica de Euskalduna (Almagro, M., 1955), cuya excavación se ha ampliado recientemente en los trabajos llevados a cabo en El Espinillo (Baquedano, M^a I. y F. Blanco, 1994) los tres dentro del término de Madrid o los areneros del Jarama (Rivas-Vaciamadrid) (Gaibar 1974). Más recientemente se han dado a conocer los importantes hallazgos de la Loma del Lomo en Cogolludo (Guadalajara) (Valiente, J., 1981, 1990 y 1993), dentro de la propia cuenca alta del Tajo, que vuelven a evidenciar la preferencia de uso de esta modalidad de enterramiento en tinaja para las inhumaciones infantiles (figura 3.a, b y c). Sin embargo el área de presencia de este tipo de manifestaciones se ha ampliado al Tajo Medio en la necrópolis del Cerro del Obispo en Castillo de Bayuela (Toledo) (Gil, J.I. y otros, 1988) y a las cuencas del Júcar, con el Cerro Pelao de Tébar (Cuenca), donde se recuperó un enterramiento infantil en pithos, dentro del ámbito del poblado (Díaz-Andreu, M., 1994, p. 150), y del Duero donde la necrópolis de Villalmanzo entregó dos enterramientos (y con ciertas dudas algunos más) de estas características (Delibes, G. 1971).

Aunque las circunstancias de los hallazgos en la mayoría de estos conjuntos impide conocer bien las características de este tipo de enterramientos, afortunadamente La Loma del Lomo permite contar con un contexto que sirve de referencia. En este yacimiento alcarreño, al igual que ocurre en otros casos, los enterramientos en tinajas conviven con las inhumaciones directamente practicadas en el suelo, en el interior de "hoyas" y una mayoría de ellos son infantiles, concretamente en cuatro de los cinco casos documentados (Valiente, J. 1990-91, p. 145 y 1993 pp. 221-226). Otros aspectos a tener en cuenta es su presencia tanto dentro de "hoyas simples" como en "hoyas con nicho lateral", así como su cubrición con acumulaciones de piedras y su colocación en posición excéntrica, unas circunstancias que aumentan su paralelismo con las inhumaciones practicadas directamente en el suelo.

En La Loma del Lomo los recipientes en los que se introducen los cuerpos son, indistintamente, grandes tinajas de forma ovoide con base estrecha decoradas con cordones impresos y/o mamelones y cazuelas lisas, de superficies cuidadas y acusadas carenas (Vid. Valiente, J., 1992,) (figura 6 a-d), con frecuencia estas vasijas estaban calzadas con piedras. Especial referencia merecen los hallazgos de la hoyo 12E-2 de La Loma del Lomo donde se encontraron los restos de un suido neonato "protegidos o enmarcados" con media cazuela carenada y asociado a los cuartos traseros de un bóvido y a una segunda cazuela carenada completa de excelente calidad (Valiente, J., 1993, pp. 256-7). Se trata de un documento singular que, independientemente de la interpretación que se le ha dado, testifica la asociación de contenedores cerámicos a sacrificios animales.

Una modalidad distinta la encontramos en el Cerro del Obispo donde los "pithoi" aparecen dentro de una caja for-

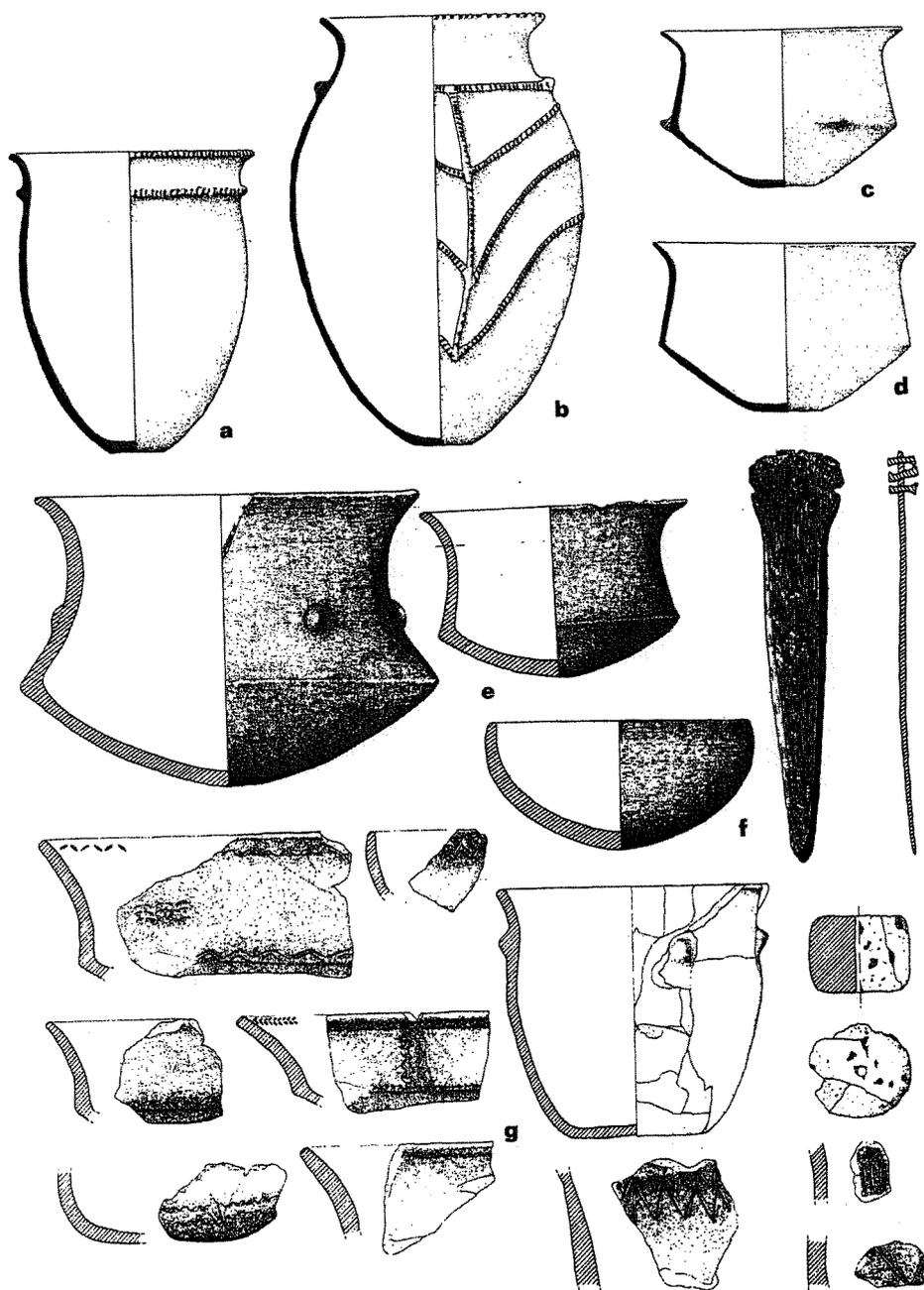


Figura 6. a-d: Diversos recipientes de enterramiento de La Loma del Lomo (Según Valiente, J., 1992). e y f: Ajuares de los enterramientos 3 y 6 del Cerro de La Encantada (Según Nieto, G. y J. Sánchez Meseguer, 1980). g: Restos cerámicos aparecidos en la fosa de inhumación de los enterramientos 5 y 6 del Caserío de Perales (Según Blasco, M^a C., J. Calle y M^a L. Sánchez Capilla, 1991).

mada por bloques graníticos, formando pseudocistas dentro de las cuales se encuentra el ajuar que incluye no sólo recipientes cerámicos y restos animales sino también algunos elementos de adorno, una circunstancia que coloca a este enterramiento toledano más cerca de las manifestaciones funerarias del Cerro de La Encantada (Carrobes, J. y otros, 1994, p. 96). En este yacimiento parece que todos los cuerpos se introdujeron en recipientes de grandes dimensiones, con morfología ovoide y base apuntada, decoradas con cordones impresos (Menéndez, M.L. y otros, 1988, p. 104).

Una excepción, dentro de los enterramientos en tinaja, la constituye la Cueva del Fraile (Cuenca) ya que es el

único caso conocido en el que los pithoi aparecen dentro de este tipo de marco. En esta cueva, además de diez inhumaciones existentes a su entrada se documentaron, en una zona algo más profunda, al menos, otras "cinco inhumaciones en pithoi, acompañadas de conchas, marfil, punzones de hueso y un fragmento de amianto...En esta sala se localiza por primera vez trigo y restos óseos de ciervo, buey y caballo" (Díaz-Andreu, M., 1994, p. 151), tanto el sistema de enterramiento en tinaja como la ofrenda de animales permiten incluir este hallazgo dentro del mismo marco general que el resto de los enterramientos en tinajas existentes en el ámbito de poblados al aire libre.

LAS FORMULAS DE ENTERRAMIENTO:**A) Los enterramientos individuales:**

Si la Edad del Bronce representa una clara normalización de los enterramientos individuales en zonas de habitat y en tumbas planas no señalizadas, no parece que exista una "normativa" que permita observar una cierta estandarización en los que se refiere a la forma de depositar el cadáver y a su orientación, como tampoco parece haberla en las características y tipos de ajuares.

Quizás la única pauta común es la colocación de los cuerpos en posición contraída si bien, dentro de esta regla, se observan múltiples variantes en lo referente a la colocación de brazos y mano, a la postura más o menos forzada de los cuerpos, a la torsión del tronco y cabeza y, por supuesto, a la orientación. Estas variables no sólo afectan a los enterramientos de un yacimiento con respecto a otro, sino también a los existentes dentro de un mismo yacimiento.

Así observamos que los cuerpos son depositados con orientaciones variables hacia cualquier punto del horizonte, sin que se pueda hablar de una cierta preferencia. La posición más o menos contraída es también variable, ya que mientras unas veces se encuentran en una postura natural, otras están claramente forzados incluso mediante ligaduras, tal como se ha documentado en Los Tolmos de Caracena donde se ha comprobado la existencia de una soga de fibras vegetales (Jimeno, A. y Fernández, J.J., 1991, p. 21) o en la Motilla de El Azuer donde parece que se ha producido la rotura de algunos ligamentos, a juzgar por la posición forzada de los huesos (Nájera, T. y otros, 1981 p. 297). Generalmente se colocan en el fondo de las fosas, sin preparación previa o, en el caso de la Motilla de El Azuer, sobre lechos de piedras o materia orgánica, descansando sobre un lateral mirando, indistintamente, hacia el centro de la fosa o hacia la pared junto a la que se han depositado. No obstante, no faltan algunos ejemplos, como el de Carrelasvegas donde el enterrado se encontraba en posición de "decúbito prono, con rotación de la cabeza apoyando la zona derecha del hemicráneo (Martín, M.A. y otros, 1993, p. 78) y otros en los que el cuerpo está recostado sobre un lateral y la cabeza vuelta hacia el frente como el enterramiento número 7 de Perales del Río (Blasco, M^a C., Calle, J. y Sánchez Capilla, M^a L., 1991, p. 79, fig. 8), una posición que es muy similar a la que presenta el enterramiento número 1 de la Cuesta del Negro de Purullena (Vid. fig.12, p. 29 en Molina, F. y Pareja, E., 1975).

No obstante, en ocasiones encontramos algunos detalles comunes a todas las inhumaciones de uno o más yacimientos, es el caso de la posición de los brazos y manos que, tanto en el Caserío de Perales, como en el Cerro del Cuchillo se encuentran siempre de manera similar: brazos doblados hacia arriba y las manos apoyadas en el mentón, un detalle que, aunque no se menciona, parece ser común también a la mayoría de los enterramientos de la Encantada y sólo a algunos de los de La Loma del Lomo. Dicha postura la encontramos así mismo en algunos de los enterramientos de La Cuesta del Negro de Purullena (vid figs. 14 y 15 en pp. 31 y 32 de Molina, F. y Pareja, E., 1975).

En el caso de las cistas de lajas y mampuestos que generalmente tienen una capacidad ajustada al volumen de los cuerpos, éstos se colocan en el centro ocupando prácticamente toda la superficie, por el contrario, en las fosas simples sin nichos, lo más frecuente es la ubicación de los cuerpos en posición excéntrica, adosados a la pared o muy próximos a ella o, al menos, desviados del centro geométrico. En las fosas con covacha o nicho, los cuerpos se depositan el interior de los estos anexos, generalmente con la espalda adosada a la pared del fondo, pero también hay casos en los que se orientan mirando hacia la pared.

Aunque se trata de tumbas planas, se observa una reiterada intencionalidad en la cubrición de los cuerpos con grandes piedras o incluso con tortas cerámicas ¿ocultación o protección?, esta cubrición se efectúa generalmente mediante la acumulación de bloques de piedra sobre los cuerpos, pero sin que dichas acumulaciones sean visibles en la superficie. Este fenómeno es especialmente notable en el caso de las fosas con nicho ya que las bocas se sellan con numerosos bloques de piedras de gran tamaño (figura 3 y figura 4.d). Pensamos que la colocación intencionada de los cuerpos en posición excéntrica, al igual que su cubrición con piedras difícilmente se explicaría, por la voluntad de relegarlos a un rincón de las fosas detríticas, como forma de reprobación, sino más bien para colocarlos en una "zona protegida" y ocultos, ya que las hoyas en las que se practicaban las inhumaciones se abrirían exclusivamente para realizar el enterramiento en su parte baja y, al menos en la mayoría de las ocasiones, se volverían a colmar de manera rápida, posiblemente a continuación de la colocación del cadáver, sin que se volvieran a abrir de nuevo, pues tanto los cuerpos, como las ofrendas practicadas aparecen en posición primaria y perfectamente ordenados. Ello no impide que, en ocasiones, la fosa no quedara del todo colmatada y fuera aprovechada, en su parte superior, como basurero o para otros usos.

Un dato singular es la inhumación de un cuerpo descuartizado, colocado sobre un lecho de fragmentos cerámicos, dentro de una de las fosas del Caserío de Perales (Blasco, M^a y otros, 1991, p. 62-63), aunque mantenemos nuestras dudas sobre su adscripción a la fase Protocogotas o a un Cogotas I de plenitud. Desconocemos si se trata de una inhumación primaria de un cuerpo previamente descoyuntado e, incluso, seccionados algunos de sus miembros, o bien, de una inhumación secundaria practicada cuando ya el cuerpo había perdido rigidez. Posiblemente este enterramiento pueda ponerse en relación con los dos cuerpos aparecidos en "un depósito" del cerro del Cuchillo de los que trataremos más adelante.

B) Los enterramientos colectivos:

Una consideración aparte merecen los enterramientos colectivos que deben ser considerados como excepcionales, entre los ejemplos de esta modalidad destaca el enterramiento colectivo de la fosa de El Tomillar (Bercial de Zapardiel) en Avila, correspondiente a un momento de tran-

sición a la Edad del Bronce, donde “claramente hay unas deposiciones más modernas (individuos 1 y 2) y otras anteriores a las que se alteró” (Fabián, J.F., 1995, p. 38) lo que parece indicar que la fosa se reabrió en varias ocasiones para practicar los diversos enterramientos. Es posible que éste sea también el caso de una de las tumbas de La Loma del Lomo (Hoya 11E-2) donde se documentó una triple inhumación infantil junto a la de una mujer de entre 14 y 16 años de las que, al menos dos de ellas, (la de la mujer y la de uno de los niños), presentaban los huesos “alterados”, “porque el enterramiento ha sido removido o porque la deposición se hizo de forma violenta” (Valiente, J., 1987, p. 117), si bien no puede descartarse que se trate de enterramientos secundarios.

Sin embargo en otras tumbas nos encontramos con enterramientos dobles o triples simultáneos como es el caso de la doble inhumación infantil recuperada en una de las fosas de Perales del Río (Blasco, M^a C., y otros, 1993, p. 9 y de la triple inhumación del sector B de los Tolmos de Caracena (Jimeno, A., 1984, p. 191), ya que tanto en la primera como en la segunda, los cuerpos aparecen en posición primaria y perfectamente acoplados (figura 4.e).

Entre estos enterramientos múltiples hay que incluir también algunas tumbas con una inhumación primaria y restos de otros cuerpos muy incompletos que pueden corresponder a traslados o enterramientos secundarios. Así mismo, podrían interpretarse como tales algunos de los enterramientos de La Motilla de Santa María de Retamar y los escasos restos recuperados en la Motilla de Los Romeros. Pero sobre todo, interesa destacar la existencia, en El Cerro del Cuchillo, de dos cadáveres “arrojados” al interior de una cisterna o depósito cuyos restos indican la violencia de la caída (Hernández, M. y otros, 1994, p.), en este mismo sentido cabe citar la existencia en la motilla de Los Palacios de una zanja con restos de, al menos, cuatro individuos revueltos con “una gran cantidad de piedras, fragmentos de cerámica y huesos de animales” (Nájera, T., 1984, p. 19), como si se tratara de verdaderas fosas comunes.

Todos estos enterramientos “anómalos” conviven, en la mayoría de los yacimientos con las inhumaciones individuales como una manifestación más de la relativa diversidad de ritos y prácticas que se registran en la actividad funeraria de este horizonte, a pesar de ese aparente normativismo que se produce frente a la enorme variedad del mundo funerario Calcolítico momento del que pueden derivarse algunas de las prácticas de traslación de cuerpos correspondiente a la edad del Bronce.

LOS AJUARES:

Es posiblemente uno de los aspectos con más variables ya que existen, como en tantos otros aspectos, algunas diferenciaciones importantes, no ya entre unos yacimientos y otros, sino también entre los enterramientos de aquellos conjuntos que han proporcionado varias sepulturas. Un primer dato a destacar es la diferencia que puede constatarse

entre el conjunto de sepulturas de La Encantada, bastante próximo a los esquemas argáricos, y el resto de los yacimientos, ya que mientras en el primero se han encontrado ajuares con armas, cerámicas y elementos de adorno, junto con otros que poseen sólo armas y vasos cerámicos u ofrendas exclusivamente de vasos o incluso tumbas sin ningún tipo de ajuar (Nieto, G. y J. Sánchez Meseguer, 1980, pp. 89 a 111) (figura 6.e y f), en el resto de los yacimientos, la mayoría de los enterramientos o carecen de ajuar o se acompañan únicamente de algún vaso cerámico o, algún punzón de cobre o hueso o, incluso, de objetos domésticos amortizados, tales como restos de fundición, crisoles, fragmentos de coladores, etc. (figura 6.g). A todo ello hay que sumar la frecuente incorporación de restos animales, bien en grandes porciones, bien individuos completos. Se trata, sin duda de la ofrenda más generalizada y específica que incluye no sólo animales dedicados al consumo sino también algunos cánidos. Más excepcionalmente aparecen conchas marinas, un dato de importancia por revelar la existencia de contactos a “larga distancia”.

Un ejemplo intermedio entre los ajuares de los enterramientos de El Cerro de La Encantada y los del resto de los yacimientos, lo constiuyen los depositados en las tumbas de El Cerro del Obispo del Castillo de Bayuela donde, a las cerámicas y útiles cotidianos, como industria lítica o crisoles, se unen las ofrendas animales comunes al resto de los yacimientos y, como caso singular, algún objeto personal aislado como un brazal de arquero y un supuesto “ídolo de cuernos” (Menéndez, M. L. y otros, 1988, p. 103), pero faltan las armas que se han recuperado en algunos de los enterramientos de La Encantada.

Las ofrendas animales han sido documentadas tanto en los yacimientos de “fosas” de las cuencas del Tajo y Duero, como en las Motillas o en yacimientos de altura e incluso dentro de cuevas, tal como se ha mencionado al referirnos a la Cueva del Fraile. En La Loma del Lomo los restos animales pertenecen, sobre todo, a suidos, varios de los cuales son individuos inmaduros y se depositaron completos, entre ellos, un neonato colocado en el interior de una vasija, al que ya nos hemos referido.

J. Valiente, ha planteado una sugerente hipótesis sobre el posible significado de estas “ofrendas de suidos” en asociación a granos, como rituales relacionados con la fertilidad (Valiente, J., 1993). En otros yacimientos, no existe una presencia tan alta de suidos y junto a ellos se han encontrado, también en proporciones importantes, ovis, caprinos, bóvidos y perros, una circunstancia que permite suponer que puedan existir otras interpretaciones a estos depósitos de animales además de la esgrimida por J. Valiente.

Aun sin entrar en un análisis pormenorizado, todo parece indicar que la riqueza de los ajuares y el volumen de carne y de piezas depositadas no están en función de la edad o sexo de los individuos, antes bien entre los ajuares más importantes se encuentran los de varias tumbas infantiles por lo que podría inferirse que estamos ante unas sociedades entre las que el prestigio se encuentra unido al parentesco.

co, algo que se observa en el mundo argárico de plenitud y que en opinión de V. Lull implica "el paso de una sociedad cuyo sistema de funciones individuales se deben a la actividad, edad y representación de cada uno de sus miembros, a otra donde esos derechos se obtienen." (Lull, V., 1983, p. 455). Al igual que en el mundo argárico de apogeo, un núcleo de población importante se entierra sin ajuar, pero, a diferencia de él, en la Meseta no existen elementos de contenido ideológico, excepción hecha del Cerro de La Encantada y el Cerro del Obispo. Por el contrario, las desigualdades suelen estar marcadas por un mayor o menor contenido de ofrendas animales.

Por otra parte, tanto en La Loma del Lomo, como en el Caserío de Perales, estas ofrendas de animales aparecen incluso sin relación directa con los enterramientos, ya que se encuentran en fosas sin inhumaciones, aunque colocadas con todo cuidado, calzadas con piedras y con las patas replegadas, en posiciones que se asemejan a las de los propios enterramientos humanos. En ocasiones, los depósitos consisten únicamente en grandes porciones, generalmente en cuartos traseros o delanteros o incluso sólo las cabezas con determinados tratamientos, como en el Caserío de Perales donde una de las cabezas de bóvido presentaba los dos pitones cortados. Se trata de un tipo de "depósitos" que se encuentran también documentados en otros muchos yacimientos de la Edad del Bronce de la Meseta en los que no han aparecido enterramientos humanos como es el caso del hoyo AU-59 del yacimiento de la Huelga (Misiego, J.C., 1992, P. 20) o de la fosa localizada en La Torrecilla, en la Cuenca baja del Manzanares (Blasco, M^a C., y otros 1986) y de los que desconocemos hasta qué punto tienen o no relación con el mundo funerario.

Estos depósitos de animales no son patrimonio exclusivo del ámbito de la Meseta sino que están documentados también en yacimientos de otras áreas culturales peninsulares y extrapeninsulares de diversos momentos de la Prehistoria Reciente, como es el caso de Gran Bretaña donde tales depósitos son conocidos desde hace tiempo, en distintos yacimientos. Como en nuestro caso, aparecen "auténticos enterramientos de animales completos", siendo las especies más frecuentes el perro, los caballos y las aves, destacando entre ellas el caballo (Cunliffe, B., 1992, p. 75).

Son pocos los casos en los que encontramos un objeto claramente colocado junto al cuerpo inhumado, en Perales del Río, uno de los enterramientos poseía un pequeño cuenco carenado completo situado junto al parietal (Blasco, C. y otros, 1991, p. 58), pero en la mayoría de las ocasiones los objetos aparecen más o menos dispersos en la fosa, relativamente alejados de la inhumación, esta circunstancia unida al hecho de que muchas veces se trata de material amortizado, nos permite suponer que podría tratarse de objetos y fragmentos inservibles mezclados con las tierras con las que se colmató la tumba.

Entre los datos que conviene destacar hay que citar la aparición, en las cinco tumbas de Perales del Río, de un fragmento de molino amortizado, una circunstancia que se

repite en los cinco enterramientos exhumados en el Cerro del Obispo donde, según sus excavadores "cada enterramiento poseía un molino y su mano, frecuentemente inutilizados ritualmente" (Menéndez, M.L. y otros, 1988, p. 102). Desconocemos si esta presencia de molinos, amortizados o no, se repite en La Loma del Lomo o en cualquier otro de los enterramientos conocidos pues, desgraciadamente, no se hace referencia a las características de las piedras recuperadas en las fosas de enterramiento. El dato se complementa con la existencia de abundante trigo y otras especies vegetales procedentes de la recolección como alendras y bellotas recuperados en la Cueva del Fraile junto a algunos de los enterramientos (Díaz Andreu, M.1994, p. 151), así mismo, en una de las fosas de enterramiento de La Loma del Lomo se depositó "un tarro que se halló vacío, pero con una mancha oscura alrededor de la boca que delataba la putrefacción de materia orgánica, que en este caso sería seguramente grano" (Valiente, J., 1993, p. 257). Estos hallazgos nos permiten suponer que, además de los depósitos animales, no debió de ser infrecuente la inclusión de grano y otras especies vegetales en los ajuares funerarios de esta zona, aunque estos restos no hayan llegado hasta nosotros más que en casos excepcionales. De todo esto se desprende que el rasgo más singular de los ajuares de los enterramientos, objeto de nuestro estudio, es la presencia de alimentos o de objetos relacionados con su manipulación como son los molinos.

LOS ENTERRADOS:

Un último aspecto que queremos tratar en esta apresurada revisión del mundo funerario de la Meseta en la Edad del Bronce es el de la propia población enterrada, se trata, sin duda, de una mínima parte de la población total ya que la muestra conocida, incluidos los 23 enterramientos de la Loma del Lomo, no supera los 100 individuos de los que sólo una pequeña parte ha sido objeto de estudio antropológico con resultados conocidos. Esta carencia de datos dificulta toda estadística aunque sí se puede observar una alta presencia (alrededor del 50 %) de enterramientos infantiles con una edad inferior a los seis años. Así mismo J. Valiente llama la atención, en el caso de La Loma del Lomo, sobre la alta proporción de "viejos" lo que hace pensar que las personas enterradas son precisamente los menos móviles del grupo (Valiente, J., 1992, p. 243-244), concretamente en el mencionado yacimiento, sólo uno de los 23 inhumados es un individuo "adulto en el pleno vigor de la vida". Esta circunstancia no se cumple, en cambio, en el Caserío de Perales donde la muestra de seis individuos, corresponde a dos niños, dos mujeres adultas de entre 30 y 40 años y dos varones jóvenes de alrededor de 20 años (Blasco, M^a C., y otros, 1991), una combinación que puede responder mejor a la estructura del grupo completo.

Tampoco los datos sobre las características físicas de los grupos son coincidentes, pues mientras en el Caserío de Perales la media de los tres restos mensurables alcanza 1'57 metros de altura, en la Motilla del Azuer esta media se encuentra en 1'70 metros y en La Loma del Lomo es de alre-

deor de l'60. En general son individuos de fuerte desarrollo muscular a consecuencia del ejercicio físico. Por otra parte, en varios de los enterramientos del Caserío de Perales, se ha detectado la existencia de hipoplasia dentaria que es un marcador de estrés ambiental, seguramente a consecuencia de haber estado sometidos a condiciones adversas, por desnutrición o por padecimiento de alguna enfermedad infecciosa.

Otro hecho sobre el que es necesario insistir es el escaso número de enterramientos conocidos para un espacio geográfico tan amplio y un período cronológico tan dilatado, ya que en la actualidad empiezan a ser muy numerosos los yacimientos de "fondos" excavados pertenecientes al Bronce Pleno en los que no se han documentado manifestaciones funerarias. A ello hay que sumar el reducido número de tumbas localizadas en los yacimientos en los que se conocen estas manifestaciones, ello se explica, en parte, por la práctica de otros enterramientos fuera del área de los poblados, como pueden ser cuevas o megalitos, aunque tampoco todos estos casos conocidos suponen un volumen importante, por lo que, de momento, no se puede explicar por qué unos pocos han sido objeto de estos enterramientos, y cuál es la causa de que unos lo hayan sido en el marco de los poblados y otros, en los panteones tradicionales. Además, esta escasez de enterramientos y la falta de estudios antropológicos hacen inviable cualquier aproximación paleodemográfica, máxime si tenemos en cuenta que representan una mínima parte del total de la población, pero en un porcentaje que desconocemos.

LA CRONOLOGÍA Y ADSCRIPCIÓN CULTURAL DE LOS ENTERRAMIENTOS:

Los materiales asociados a todo estos enterramientos conocidos nos permiten identificarlos como adscritos a diferentes facies culturales, —al menos dos— que parecen corresponder a dos círculos culturales diferentes. Un primer conjunto lo constituyen los enterramientos asociados, exclusivamente, a cerámicas lisas o decoradas con cordones y otras aplicaciones plásticas, dentro de ellos hay que incluir los poblados de altura tipo Cerro de La Encantada (figura 6. y f), Cerro del Cuchillo, Cerro del Obispo o Cerro Pelao, las Motillas, y algunos poblados de "fondos" en las terrazas bajas como Presa del Rey, El Espinillo— Fábrica de Euskalduuna o La Loma del Lomo. Independientemente de las características arquitectónicas de sus tumbas, en la mayoría de ellos, las inhumaciones colocadas directamente en el suelo, alternan con las practicadas en "pithoi", generalmente para acoger a los enterramientos infantiles.

El segundo grupo lo constituyen yacimientos en terrazas bajas o en ladera, todos ellos sin estructuras arquitectónicas en duro y asociados a cerámicas del "horizonte Protocogotas", entre las que son frecuentes las decoraciones de espigas, zigs-zags y otras impresiones sencillas, ejemplo de este grupo son los yacimientos de Los Tolmos de Caracena, El Caserío de Perales del Río (figura 6.g) o Carrelasvegas. La única diferencia que encontramos en las manifestaciones funerarias de este grupo con respecto al anterior, es la

ausencia de enteramientos en "pithoi" y la exclusiva utilización de tumbas "en fosa" sin revestir, si bien las características de estas fosas y las colocaciones de los cuerpos en nichos o en posición excéntrica, así como su cubrición coincide con el grupo anterior. Además, el número de enterramientos de esta facies es sensiblemente más reducido, un dato que parece sugerir el progresivo enrarecimiento de las prácticas funerarias, al menos, en el interior de los poblados. Una tendencia que, como luego veremos, se acentúa de forma mucho más evidente, en el Horizonte Cogotas I, durante el Bronce Final.

Por otra parte, teniendo en cuenta que el "pithos" es característico de el Argar B, parece lógico pensar que los enterramientos incluidos en el primer apartado, caracterizados por la utilización de tinajas en algunas de sus inhumaciones, sean sincrónicos de esa etapa de plenitud argárica, una hipótesis que se encuentra también avalada por las fosas de nicho lateral donde se alojan algunos de los enterramientos las cuales están documentadas en Purullena también en un momento avanzado de la secuencia argárica.

Esta tesis se empieza a confirmar también por las fechas radiocarbónicas obtenidas hasta el momento en algunos de los yacimientos del primer grupo como es el caso de La Loma del Lomo que ha proporcionado unos valores de 1390 ± 100 a. C. y 1500 ± 160 a.C.. La primera de estas fechas corresponde a la fosa del enterramiento nº 13 y la segunda a la del enterramiento nº 1 (Valiente, J., 1992, pp. 195-200). Estas dataciones no desentonan con la obtenida de los carbones recuperados bajo los cuerpos de dos individuos "arrojados" a una cisterna o depósito" del Cerro del Cuchillo y que ha proporcionado un valor de $3500 \pm$ B.P..

Así mismo todos los enterramientos documentados en La Encantada pertenecen "en escasa proporción al estrato II y, en mayor proporción, al estrato III". El primero de ellos ha proporcionado dos fechas 3550 ± 25 BP (equivalente a 1600 a.C.) y 3500 ± 50 (equivalente a 1550 a. C.) y el estrato III, otras cuatro: 3480 ± 30 y 3470 ± 25 , equivalentes a 1530 y 1520 a.C. respectivamente y 1440 y 1300 a.C. (Sánchez Meseguer, J., 1994, pp.75 a 79). Estas cronologías son también similares a las obtenidas en algunas de las motillas con enterramientos como es el caso de la de Santa María del Retamar (1635 a. C.) (Galan, C. y J. S. Meseguer, 1994, p. 95) y la del Azuer cuya etapa de apogeo corresponde al Bronce Pleno Reciente, dentro del cual la fase A, a la que pertenecen la mayoría de los enterramientos, se ha fechado entre el 1500 y 1400 a. C. (Nájera, T., 1984, p. 24).

Menos dataciones tenemos para el segundo grupo de enterramientos, asociados a cerámicas Protocogotas, la muestra más directa se ha obtenido del fémur del enterramiento de Carrelasvegas que ha arrojado una fecha de $3.230 + 80 = 1280$ B.C. (Martín, M.A. y otros, 1993, p. 81). A ella hay que unir las dos obtenidas en el Sector B de Los Tolmos de Caracena, donde aparecieron las inhumaciones, las cuales han arrojado unos valores de $3380 + 50$ B.P. = 1430 B.C. y $3180 + 50 = 1230$ B.C., datos que llevan a este grupo a un momento sincrónico a los últimos enterramien-

tos del primer conjunto y parece coincidir con los finales del Bronce Pleno y el inicio del Bronce Tardío.

PARALELOS Y PEDURACIÓN DE ESTAS MANIFESTACIONES:

Estos enterramientos del Bronce Pleno de la Meseta tienen sus referentes no sólo en el mundo argárico al que ya hemos hecho alusión reiteradamente por presentar paralelos muy estrechos, tanto en la tipología de las tumbas (cistas, fosas y fosas de mampuestos), como por la colocación de algunos cuerpos en el interior de tinajas, sino que también muestran una clara similitud con formas de enterramiento practicadas en estos momentos en otras áreas peninsulares como es el Valle del Ebro, tal como se ha documentado en el yacimiento Balsa La Tamariz (Zaragoza) donde, en un contexto de hábitat de "fondos", se recuperaron varios enterramientos dentro de los característicos "silos", dos de ellos eran inhumaciones individuales en posición contraída y un tercero correspondía a un enterramiento múltiple con cuatro adolescentes, este último se encontraba sellado con piedras (Rey, J. y Royo, J.I., 1993, p. 21), como suele ser frecuente en nuestra área de estudio. Además de los estrechos paralelos que guardan los enterramientos meseteños con este hallazgo de la comarca zaragozana de las Cinco Villas, hay que recordar que se trata de unas manifestaciones perfectamente inscritas dentro de las pautas generales del ritual funerario de la Edad del Bronce peninsular, tanto por la preferencia del enterramiento individual sobre el colectivo, como por la utilización de tumbas planas y su inclusión en el ámbito doméstico.

En la Meseta esta práctica de las inhumaciones individuales en simples hoyos no señalizados dentro de los poblados se mantiene durante el Bronce Final del Horizonte Cogotas I, siendo los mejores exponentes de esta perduración los hallazgos de Renedo de Esgueva y San Román de la Hornija (Delibes, G., 1978), ambos en la provincia de Valladolid, sin embargo, tal como se ha recogido en una reciente síntesis (Esparza, A., 1990) los enterramientos asociados al Horizonte Cogotas I, además de ser mucho más escasos todavía que en la segunda de las dos etapas que ahora nos ocupan, corresponden sobre todo a restos depositados en cuevas funerarias e incluso en monumentos megalíticos. Cabe advertir que la etapa de plenitud de Cogotas I, generalmente estudiada junto al período de formación (González Tablas, J. y Fano, A., 1994), representa, como el resto de los círculos culturales del Bronce Final, un marcado enrarecimiento de estas manifestaciones. Por otra parte, la mayoría de los restos humanos recuperados en estos monumentos funerarios han aparecido en posición secundaria, sin conexión anatómica y, en muchas ocasiones, asociados tanto a materiales del Horizonte Cogotas I como a otros más antiguos, por lo que resulta difícil determinar qué número de enterramientos corresponden exactamente al Bronce Final.

Los escasos enterramientos primarios del Horizonte Cogotas I nos lleva a suponer que el "enrarecimiento" de

las prácticas funerarias detectado a partir de la facies Protocogotas se acelera y se acentúa durante el Bronce Final, practicándose más las deposiciones ocasionales y aprovechando los espacios funerarios previamente existentes y particularmente las cuevas. No obstante, cuando se realizan tumbas para la ocasión se hacen dentro de la tradición del Bronce Pleno de la zona. Por otra parte, en yacimientos del Horizonte Cogotas I, cada vez son más numerosos los hallazgos de pequeñas porciones de restos óseos humanos dentro de las "fosas" de desechos domésticos, e incluso de algunos miembros en conexión anatómica aislados del resto del cuerpo como es el caso de la mano aparecida en uno de los fondos del yacimiento del kilómetro 7 de la carretera de San Martín de la Vega (Martínez Navarrete, M^a I. y A. Méndez, 1983), cuya interpretación resulta complicada, pero que sin duda hay que poner en relación con prácticas fúnebres de las que nos ha llegado una información muy parcializada.

Lo cierto es que si descartamos las manifestaciones funerarias asociadas a yacimientos hoy claramente atribuibles a una fase Protocogotas, el número de enterramientos primarios conocidos de la fase de plenitud del Horizonte Cogotas I es realmente escaso, sobre todo si se tiene en cuenta la cantidad de hábitats documentados, circunstancia que nos permite relacionar este hecho con el proceso de "enrarecimiento" de las manifestaciones funerarias que se inicia a partir del Bronce Tardío y se agudiza, de forma muy acusada, en el tránsito al Hierro Antiguo, coincidente con el Horizonte Soto de Medinilla de la Meseta Norte sincrónico al Horizonte San Antonio, en la Meseta Sur, momento del que no conocemos otras manifestaciones funerarias que la singularísima tumba de El Carpio (Pereira, J. y E. de Álvaro, 1988). Dicho proceso finaliza con la implantación, en este territorio, de las necrópolis de incineración ligadas al inicio del desarrollo de la II Edad del Hierro.

M^a CONCEPCIÓN BLASCO BOSQUED
Departamento de Prehistoria y Arqueología
Universidad Autónoma de Madrid.

BIBLIOGRAFIA

- ALCAZAR, J., A. MARTÍN y M.T. RUIZ, 1992: Enterramientos calcolíticos em zonas de hábitat. *Revista de Arqueología*, año XIII, nº 137. septiembre, pp. 18-27. Madrid.
- ALMAGRO BASCH, M., 1955: Hallazgos arqueológicos de Villaverde. *Memorias de los Museos arqueológicos*, XVI-XV, pp. 5-29. Madrid.
- BAQUEDANO, M^a I. y F. BLANCO, 1994: El Espinillo, un yacimiento importante de la Edad del Bronce en Madrid. *Revista de Arqueología*. Año XV, nº 155, marzo, pp. 12-23. Madrid.
- BLASCO, C. (ed.), 1994: *El horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario de Ciempozuelos*. Madrid.

- BLASCO, M^a C., J. CALLE y M^a L. SANCHEZ-CAPILLA, 1991: Enterramientos del Horizonte Protocogotas en el valle del Manzanares. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid*, 18, pp.55-112.
- BLASCO, C., M^a L. SANCHEZ CAPILLA, y J. CALLE, 1994: El mundo funerario. En BLASCO, C. (ed.), pp. 75-99.
- CARROBLES, J., K. MUÑOZ y S. RODRIGUEZ, 1994: Poblamiento durante la Edad del Bronce en la Cuenca media del río Tajo. *Actas del Simposio: La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*. Diputación de Toledo, pp. 173-200.
- COLMENAREJO, R., C. GALAN, J. MARTINEZ y J. S. MESEGUER, 1987: La Motilla de Santa María del Retamar (Argamasilla de Alba, Ciudad Real. *Oretum*, III., pp. 79-108. Ciudad Real.
- CUNLIFFE, B., 1992: Pits, preconceptions and propitiation in the British Iron Age. *Oxford Journal of Archaeology*, vol. 11, n^o 1, marzo, pp. 69-83. Oxford.
- DELIBES, G., 1971: Una necrópolis de inhumación individual de la Edad del Bronce en Villalmanzo (Burgos). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XVII, pp. 407-416. Valladolid.
- DELIBES, G., 1977: *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*. Valladolid.
- DELIBES, G., 1988: Enterramiento calcolítico en fosa de "El Ollar", Donhierro (Segovia). *Espacio, Tiempo y Forma. Homenaje al Prof. Ripoll Perelló*, pp. 227-238. UNED, Madrid.
- DELIBES, G. y M. SANTONJA, 1986: Aspectos generales del fenómeno megalítico de la Submeseta Norte. En *Actas de la Mesa Redonda sobre megalitismo peninsular*, pp. 145-164. Madrid.
- DELIBES, G., 1978: Una inhumación triple de la fase Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid). *Trabajos de Prehistoria*, vol. 35, pp. 225-250. Madrid.
- DIAZ-ANDREU, M., 1994: La Edad del Bronce en el Noroeste de la Meseta sur. *Actas del Simposio La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, pp. 145-172. Diputación de Toledo.
- ESPARZA, A., 1990: Sobre el ritual funerario de Cogotas I. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVI, pp. 106-143. Valladolid.
- FABIAN, J. F., 1992: El enterramiento campaniforme del túmulo I de Aldeagordillo (Ávila). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LVIII, pp. 97-136. Valladolid.
- FABIAN, J.F., 1993: La secuencia cultural durante la Prehistoria reciente en el sur de la Meseta Norte española. *1^o Congreso de Arqueología Peninsular. Actas I. Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, vol. 33 (1-2), pp. 145-178. Porto.
- FABIAN, J. F., 1994: Aldeagordillo. Un importante testimonio para el estudio de la cuestión campaniforme. *Revista Arqueología*. Año XV, n^o 157, pp. 22-31. Madrid.
- FABIAN, J.F., 1995: *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad de Bronce en la Meseta Norte*. Salamanca.
- GALAN, C., 1988: Los enterramientos del calcolítico y el Bronce inicial de la Submeseta sur. *Actas del 1^o Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Tomo III)*, pp. 193-197. Junta de Comunidades de Castilla La Mancha.
- GALAN, C y J. SANCHEZ MESEGUER, 1994: Santa María del Retamar. 1984-1994. *Arqueología en Ciudad Real*, pp. 111-130. Junta de Comunidades de Castilla la Mancha.
- GARCIA, T.: La Motilla de Los Romeros, Alcázar de San Juan, Ciudad Real. *Oretum* III, pp. 109-165. Ciudad Real.
- GARCIA-GELABERT, P., 1989: La Edad de los metales. En *Arqueología de Castilla-La Mancha*, pp. 71-92. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.
- GEANINI, A., 1991: Enterramiento de la Edad del Bronce en la Presa del Rey. *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 1, pp. 13-30. Comunidad de Madrid.
- GIL, J. I., M.L. MENENDEZ, F. REYES y J.L. REYES, 1988: Excavaciones en el yacimiento del Bronce Medio del Cerro del Obispo, Castillo de Bayuela, Toledo. *Actas del 1^o Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, tomo III*, pp. 93-100. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.
- GONZALES TABLAS, F.J. y FANO, M. A., 1994: El fenómeno de la muerte Cogotas Ipp. una propuesta metodológica. *Zephyrus*, XLVII, pp 93-103. Salamanca.
- HERNANDEZ, M., J.L. SIMON y J.A. LOPEZ, 1994: *Agua y poder. El Cerro del Cuchillo (Almansa, Albacete)*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.
- HUMPHREYS, S.C. y H. KING (eds.), 1981: *Mortality and Immortality. The Anthropology and Archaeology of Death*. Academic Press. London.
- HURTADO, V., 1984: El Calcolítico en la Cuenca media del Guadiana y la necrópolis de La Pijotilla. En *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo peninsular*, pp. 51-76. Madrid.
- JIMENO, A., 1982: Las fechas de C.14 del yacimiento de Los Tolmos de Caracena (Soria). *Trabajos de Prehistoria*, 39, pp. 335-341. Madrid.
- JIMENO, A., 1984: *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 134. Madrid.
- JIMENO, A. y FERNANDEZ MORENO, J.J., 1991: *Los Tolmos de Caracena (Soria). Campañas de 1981 y 1982*. Aportación al Bronce Medio de la Meseta. Excavaciones Arqueológicas en España, 161. Madrid.
- LORIANA, Marqués de, 1942: Nuevos hallazgos de vaso campaniforme en la provincia de Madrid. *Archivo español de Arqueología*, vol. XV, pp. 159-167. Madrid.
- LULL, V., 1983: *La "cultura de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*. Akal, ed. Madrid.
- MARTIN, M.A., J.C. MISIEGO, F.J. PEREZ, J.M. FERNANDEZ, F.J. SANZ y G. MARCOS, 1993: Documento funerario del Bronce Medio en la Submeseta norte: "Carrelasvegas" (Santillana de Campos, Palencia). *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LIX, pp. 69-83. Universidad de Valladolid.
- MARTIN VALLS, R. y G. DELIBES, 1989: *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*. (2^a ed. aumentada). Valladolid
- MARTINEZ NAVARRETE, M^a I. y MENDEZ A., 1983: Arenero Soto. Yacimiento de "fondos de cabaña" del Horizonte Cogotas I. *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*, pp. 183-284. Madrid.
- MENENDEZ, M.L., J.I. GIL, F. REYES y J. L. REYES, 1988: Tipología del material procedente de la necrópolis del Bronce Medio del Cerro del Obispo. Castillo de Bayuela, Toledo. *Actas del 1^o Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, tomo III*, pp. 101-111. Junta de Comunidades de Castilla La Mancha.
- MISIEGO, C.C., PEREZ, F.J., SANZ, F.J., MARCOS, G.J. y MARTIN, M.A., 1992: La Huelga. Bronce Medio en la Meseta Norte. *Revista de Arqueología*, año XIII, n^o 36, agosto, pp. 18-25. Madrid.

- MOLINA, F. y PAREJA, E., 1979: *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971*. Excavaciones Arqueológicas en España, 86. Madrid.
- NAJERA, T., 1984: *La edad del Bronce en La Mancha occidental*. Tesis doctorales de la Universidad de Granada, nº 458.
- NAJERA, T., F. MOLINA, P. AGUAYO y G. MARTINEZ, 1981: La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). Campaña de 1981. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*. pp. 293-306.
- NAJERA, T., MOLINA, F., DE LA TORRE, F. AGUADO, P. y SAEZ, L., 1979: La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). Campaña de 1978. *Noticiario arqueológico hispánico*, 6, pp. 21-50. Madrid.
- NIETO, G., 1985: La Península Ibérica en el II milenio antes de Cristo. En *Historia General de España y América. Los orígenes de España*. Tomo I-1. Ed. Rialp. Madrid.
- NIETO, G. y SANCHEZ MESEGUER, J., 1980: *El Cerro de La Encantada. Granátula de Calatrava (Ciudad Real)*. Excavaciones arqueológicas en España, 113. Madrid.
- PEREIRA, J. y E. DE ALVARO, 1988: Una tumba de la transición Bronce-Hierro en la Meseta Sur: El Carpio (Belvís de la Jara, Toledo). *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. Tomo III*, pp. 279-289.
- PEREZ DE BARRADAS, J., 1936: Nuevos estudios sobre Prehistoria madrileña I. La Colección Bento. *Anuario de Prehistoria madrileña*, 4-6. (1933-35), pp. 3-90.
- QUERO, S., 1982: El poblado del Bronce Medio de Tejar del Sastre (Madrid). *Estudios de Prehistoria y Arqueología madrileñas*. pp. 183-247.
- REY, J. y ROYO, J.I., 1993: Balsa La Tamariz. Un yacimiento de la Edad del Bronce en la comarca de Las Cinco Villas. *Revista de Arqueología*, año XIV, nº 147, julio, pp. 18-27. Madrid.
- ROMERO, H. y J. SANCHEZ MESEGUER, 1988: La facies necrópolis de La Encantada: Aproximación a su estratigrafía. *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha. tomo III*, pp.139-150.
- RUBIO, I., 1980-81: Enterramientos neolíticos en la Península Ibérica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, nº 7-8, pp. 39-73.
- RUIZ ZAPATERO, G. y T. CHAPA, 1990: La Arqueología de la muerte: Perspectivas teórico-metodológicas. En *II Simposio sobre los Celtíberos. Necrópolis celtibéricas*, pp. 357-364. Zaragoza.
- SANCHEZ MESEGUER, J., 1994: El Cerro de La Encantada y el Bronce Pleno en La Mancha. En *VVAA Arqueología en Ciudad Real*, pp. 69-85.
- SANZ, E. y SANCHEZ MESEGUER, J., 1988: Sepulturas de mamostería en la provincia de Ciudad Real. Una aproximación a su estudio y paralelismos. *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha (Tomo II)*, pp. 323-327.
- VALIENTE, J., 1987: *La Loma del Lomo I. Cogolludo, Guadalajara*. Excavaciones arqueológicas en España, 152. Madrid.
- VALIENTE, J., 1990-91: Sobre enterramientos infantiles de la Edad del Bronce. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología castellonenes nº 15.*, pp. 143-155.
- VALIENTE, J., 1992: *La Loma del Lomo II. Cogolludo, Guadalajara*, Patrimonio Histórico de Castilla-La Mancha. Arqueología 5. Guadalajara.
- VALIENTE, J. 1993: Un rito de fertilidad agraria de la Edad del Bronce en la Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara). *Homenaje a José M^a Blázquez I*, 253-265. Madrid.
- VVAA, 1994: *Arqueología en Ciudad Real*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo.
- VARELA GOMES, M., 1994: *A necrópole De Alfaroibeira (S. Bartolomeu De Messines) E A Idade Do Bronze No Concelho De Silves*. XELB, 2. Silves.